

prisa que se den, apénas llegarán á tiempo á Kenilworth? La reina come mañana en Warwick, ¿y se estan vms. con esa cachaza, bribones?

— En verdad, señor, dijo un mocito que tenia una máscara y un sobretodo, dos cuernos colorados, un vestido de jerga negra atado con una cuerda, medias coloradas, y zapatos que imitaban los piés hendidos del diablo; en verdad que ha dado vm. en el hito. Mi padre el diablo se ha sentido con dolores de parto, y ha retardado nuestro viage para aumentar la compañía dando á luz un diablillo de mas.

— ¡Como, el diablo! dijo Varney con una sonrisa cáustica.

— Dice bien el muchacho, añadió el que habia hablado el primero; nuestro diablo capitán, pues este es un vicediablo solamente, se halla en este instante en ese *tugurium* invocando á Lucina.

— ¡Por San Jorge, ó mas bien por el dragon, que probablemente es pariente del diablillo futuro, he aquí un azar de los mas cómicos! dijo Varney. ¿Que te parece, Lambourne? ¿quieres por esta vez servir de padrino? Si el diablo tiene que escoger un padre, te debe dar la preferencia.

— Escepto cuando se hallan presentes mis

superiores, dijo Lambourne con el desenfado respetuoso de un criado que sabe que sus servicios son indispensables, y que le sufren sus chocarrerías.

— ¿Como se llama ese diablo ó esa diabla que ha escogido tan mal el tiempo? dijo Varney. Necesitamos todos nuestros actores.

— *Gaudet nomine Sibyllæ*, dijo el primer interlocutor. Se llama Sibila Laneham, muger de Ricardo Laneham.

— ¿El escribano de cámara del consejo? dijo Varney. ¡Como! no tiene excusa ninguna: con la esperiencia que tiene, pudiera haber tomado mejor sus medidas. Pero ¿quienes eran el hombre y la muger que han subido la cuesta con tal celeridad hace un instante? ¿son de la compañía?

Wayland iba á arriesgarse respondiendo á tan maldita pregunta, y el diablillo volvió á meter su cucharada.

— Si vm. me lo permite, dijo acercandose á Varney, y hablando de modo que no le oyesen sus compañeros, el hombre es nuestro primer diablo, que puede dar quince y falta á Sibila Laneham, y la muger, si vm. me lo permite, es la partera cuyo socorro es necesario en el momento á nuestra compañera.

— ¡Como! ¿tienen vms. aquí la partera? dijo Varney. Bien se veia en la prisa con que

caminaba, que iba adonde tenían gran necesidad de ella. ¿Tienen vms., según eso, otro miembro de Belcebú para reemplazar á mistress Laneham?

— Sí, por cierto, dijo el bribonzuelo: no son tan raros en este mundo como su eminencia podría suponerlo. Ese buen demonio que vé vm. ahí, va, si vm. lo permite, á arrojar algunos millares de chispas, y á vomitar delante de vm. nublados de humo, como si tuviese el Etna en el abdómen.

— No tengo tiempo de detenerme á ver esa maravilla, hijo ilustre del infierno; pero he aquí para beber durante una hora, y como dice la comedia, bendiga Dios vuestros trabajos.

Al decir esto, puso espuelas al caballo y continuó su camino.

Lambourne se detuvo un momento para registrar su faltriquera, y sacó de ella una moneda de plata que dió al diablo parlanchin, diciendole que era para animarle á proseguir su camino ácia el fuego de las regiones infernales, de las que distinguía algunas chispas que se escapaban ya de sus ojos. Después de recibir las gracias del muchacho, puso también espuelas al caballo, y corrió tras de su amo con la rapidez del viento.

— Y ahora, dijo el diablillo astuto acer-

candose al caballo de Wayland, y dando una cabriola en el aire, que probaba su pretension al parentesco con el príncipe de aquel elemento, ahora que les he dicho quienes son vms., dígame vm. en cambio quien soy yo.

— Flibbertigibbet, ó el hijo del diablo, respondió Wayland.

— Tú estás en lo cierto, dijo Dick Sludge: aquí tienes á tu Flibbertigibbet. Me he escapado de los lazos de mi sabio preceptor, como te decia que lo haria de grado ó por fuerza. Pero ¿que dama tienes ahí contigo? He visto que te encontrabas embarazado para responder, y he acudido á tu socorro; pero es preciso que yo sepa quien es esa dama, Wayland.

— Sabrás otras cincuenta cosas mucho mejores, mi querido, dijo Wayland; pero dejate ahora de preguntas, y supuesto que vais á Kenilworth, os acompañaré por tu bella cara y tu agradable compañía.

— Pero ¿como viajarás tú con nosotros? quiero decir ¿en que calidad?

— Con el papel que tú me has designado sin duda, como jugador de manos; pues ya sabes, dijo Wayland, que lo entiendo un poquito.

— Sí, ¿pero la dama? replicó Flibbertigibbet, pues has de saber que conozco que

es dama, y que estás un si es no es inquieto por su causa.

— *Ella*, dijo Wayland, no es mas que una hermana mia; canta, y toca el laud de modo que los peces saldrian del agua por oirla.

— Quiero oirla al momento, dijo Flibbertigibbet. Me gusta mucho el laud, nada me gusta tanto, aunque no le he oido jamas.

— Siendo eso asi, ¿como te gusta? dijo Wayland.

— Del mismo modo que los caballeros andantes aman á sus queridas, por oidas, por reputacion, por capricho.

— Pues bien, sigue lo mismo por algun tiempo, hasta que mi hermana haya descansado de las fatigas de su viage, dijo Wayland añadiendo entre dientes: ¡Maldita sea la curiosidad de este enano! Pero no conviene descompadrear con él, porque nos costaria muy caro.

Despues de esta conversacion fué á ofrecer al señor Holyday sus talentos personales como juglar, y los de su hermana como cantatriz. Pidiéronle pruebas de su habilidad, y no se hizo de pencas: las dió tan convincentes, que los actores, muy satisfechos de agregar á la compañía un hombre tan útil, se contentaron con las excusas que dió para eximir de otras á su hermana.

Los reciénvenidos fuéron convidados á participar de las provisiones de viveres de la compañía, y con dificultad pudo Wayland hablar á solas á su fingida hermana mientras tomaban un bocado: dijola sin embargo que se olvidase por el momento de sus pesares y de su rango, y condescendiese en asociarse á los que iban á ser sus compañeros de viage, pues era el medio mas seguro de no ser descubiertos.

Conoció la condesa la urgencia del caso, y cuando volviéron á caminar, procuró seguir los consejos de su guia, y dirigiéndose á una cómica que estaba á su lado, manifestó mucho interes por la muger que se veian obligados á abandonar.

— ¡Oh! está bien cuidada, señora, dijo la cómica, que por su humor alegre hubiera podido ser el emblema perfecto de *la muger de Bath* (1). Mi comadre Laneham se chupa los dedos para esas cosas; ántes del noveno dia, si duran las fiestas hasta entónces, se reunirá con nosotros en Kenilworth con su chiquillo acuestas.

Habia en este discurso cierto tono libre que quitó á la condesa de Leicester la gana de se-

---

(1) Heroína de un cuento de Chancer, rejuvenecido por Pope.

guir la conversacion; pero habia comenzado á hablar la primera, y la dama, que en uno de los entreactos debia representar el papel de Gillian de Croydon, tuvo buen cuidado de impedir que hiciese el silencio demasiado triste el camino. Contó á su compañera muda mil anécdotas de fiestas reales, en que se habia hallado desde el tiempo de Enrique hasta aquel dia; la contó el pormenor de la acogida que habia recibido de los grandes señores, igualmente que los nombres y apellidos de todos los que representaban los principales papeles; y concluia siempre diciendo que todo aquello no valia un pepino en comparacion de las fiestas magníficas que se preparaban en Kenilworth.

— ¿Y cuando llegaremos allí? dijo la condesa con una agitacion que no acertaba á disimular.

— Los que estamos á caballo podemos llegar hoy á Warwick, y Kenilworth está á cuatro ó cinco millas de distancia. Pero será preciso aguardar á los de á pié. Sin embargo es muy probable que mi buen señor de Leicester enviará á su encuentro caballos ó coches, para que no se fatiguen en un viage á pié, que, como puede vm. hacerse cargo, es un maldito preludio para bailar delante de las gentes de la corte. He visto el tiempo en que, con

el favor de Dios, hubiera andado yo cinco leguas por la mañana, sin que eso me impidiese saltar sobre la punta del pié toda aquella noche, como el plato de estaño de un jugador que da vueltas sobre la punta de una aguja. La edad ha calmado algun tanto aquel ardor; pero si tengo buena pareja, y tocan una buena música, puedo bailar una giga tan bien y tan largo tiempo como cualquiera jovencita de Warwick, de las que para escribir su edad tienen que echar mano de un cuatro maldito y de un cero.

Si la condesa se hallaba abrumada por la locuacidad de aquella buena muger, Wayland por su parte tenia harto trabajo para sostener y evitar los diferentes ataques de la curiosidad infatigable de su conocido antiguo Ricardo Sludge. Este enano travieso era naturalmente inclinado á observar y á indagarlo todo. Husmeaba por todas partes, y no podia resistir á la tentacion de mezclarse en los asuntos que ni le iban ni le venian. Todo el dia estuvo atisbando á la condesa, y lo poco que de ella descubria no hacia mas que meter espuelas á su curiosidad, pues decia:

— Esta hermana tuya, Wayland, tiene el cuello muy blanco para haberse criado en una fragua, y unas manecitas harto lindas para haberlas empleado en hilar ó en barrer

la casa. Yo no creeré que sois hermanos, sino cuando vea salir de un huevo de cuervo un cándido cisne.

— Eres un habladorzuelo, dijo Wayland, y merecerias una zurra por tu charlataneria.

— Muy bien, dijo separandose el bribonzuelo. Eso quiere decir que me ocultas un secreto, y á fé de Dick Sludge, no nos quedaremos á deber nada en esa parte.

Esta amenaza y el haberse separado de él Hobgoblin durante el resto del dia, causó á Wayland alguna inquietud. Por esta razon sugirió á su fingida hermana la idea de pedir permiso de detenerse, á pretesto de estar cansada, ántes de llegar á la poblacion de Warwick, prometiendo alcanzar á la compañía el siguiente dia muy de mañana. La posada de un pueblecito les ofreció un asilo para descansar, y se alegró no poco Wayland de ver á los cómicos, incluso Dick Sludge, continuar su camino, despues de haberse despedido de ellos con demostraciones recíprocas de afecto.

— Si á vm. le parece, señora, dijo á su compañera de viage, saldremos mañana tempranito para llegar á Kenilworth ántes que cargue el bullicio de gentes que se agolparán de todas partes.

La condesa aprobó la propuesta de su fiel

conductor, quien estrañó mucho que nadamas le dijese ella sobre este asunto. Esta reserva dejaba á Wayland ignorar si habia formado algun plan para fijarse en lo que debian hacer, y sabia bien que exigia su posicion una conducta circunspecta, aunque no estaba enterado en todas las particularidades y circunstancias. Sin embargo infirió de aquel silencio que sin duda tenia la condesa en el castillo amigos en cuya proteccion podia fiarse, y que él cumplia con acompañarla al referido castillo, segun se lo habia ordenado varias veces.

